

CON ESCENAS INÉDITAS DE LA TRIPULACIÓN DE LA "NOSOTROS LLEGAMOS PRIMERO"

- LA MEJOR HISTORIA ESCRITA  
DESDE QUE LLEGARON LOS  
VILLANCICOS AL ESPACIO -

UN RELATO  
DIGNO DE  
"RECORDAR"



# SIESTA TOTAL

UN RELATO DE IRENE ROBLES





SIESTA  
TOTAL



# Siesta total

Una historia con la tripulación  
de la *Nosotros llegamos primero*



Irene Robles

Primera edición: noviembre 2022

©Derechos de edición reservados.

Irene Robles Martínez

[www.irenerobles-scifi.com](http://www.irenerobles-scifi.com)

Relato

Ciencia ficción

Edición: Irene Robles Martínez

Diseño de portada: Elena Martínez García

[www.elenamarcia.com](http://www.elenamarcia.com)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¡Cariños! ¿Habéis visto qué hora es?

Manoli suele utilizar mucho esta expresión y a mí me parece de lo más curiosa. ¿Vosotros habéis visto, con los ojos, la hora alguna vez? Al principio creía que se refería a si alguien había visto, por casualidad o por interés, la hora que marcaba cualquiera de los muchos relojes que hay repartidos por la nave. Sin embargo, con el tiempo, nunca mejor dicho, descubrí que era una forma de hablar que normalmente llevaba implícita una acción o inacción por parte de la tripulación, cuyo objetivo podía variar según el momento y que buscaba una reacción. Y esto lo descubrí porque un día, cuando Manoli lanzó esta pregunta al aire, y viendo que nadie le hacía caso, yo respondí dando la hora de la forma más precisa posible. Ella empezó a reír, después agradeció la información y por último me explicó que se trataba de una pregunta retórica, que no esperaba contestación alguna y que cuando preguntaba la hora ella realmente ya sabía la respuesta.

Por lo tanto, cuando Manoli pregunta por la hora, lo que realmente quiere decir es, por ejemplo, ¿es que no tenéis hambre? ¿Es que no tenéis sueño? O, ¿acaso no habéis dormido ya suficiente? ¿Todavía tenéis trabajo pendiente? O, mi favorita y la más habitual, como en este momento, ¿es que no vamos a ver la telenovela?

Para los que todavía no me conocéis, soy Rumbo116, la inteligencia artificial de la nave *Nosotros llegamos primero*. Viajamos en una carrera espacial entre la Tierra y Marte, y tenemos un máximo de ocho meses para completar el recorrido. En esta ocasión competimos con otras doscientas cuatro naves. De ese total, catorce naves ni siquiera llegaron a despegar y según la última actualización del Control de Carrera, cuarenta han abandonado ya desde el inicio por problemas técnicos o de otra índole. Nosotros actualmente llevamos tres meses, veinticuatro días y veintiuna horas de viaje y por el momento seguimos adelante sin incidentes. La tripulación está formada por Anabel, la comandante; María Pilar, la piloto; Lorenzo, el ingeniero de carreras; Julián, el inspector de la Federación; José Luis, el ingeniero biomecánico y Manoli,

su madre. Pero hoy no estamos aquí para hablar de la carrera.

La *Nosotros llegamos primero* tiene pequeñas y variadas estancias, entre las que se encuentra la sala de ocio y descanso común, que todo el mundo llama “el salón“. En uno de los paneles hay una pantalla que yo suelo utilizar para comunicarme con la tripulación, mostrar datos, cálculos, o cualquier información relevante para la carrera y para el día a día. Resulta que para Manoli era absolutamente necesario poder seguir viendo el culebrón que había dejado a medias en la Tierra antes de embarcarse en este viaje espacial. *Pasión de tucanes* cuenta la historia de un amor prohibido entre dos personas de diferente estatus social, que mantienen su relación en secreto y cuyas familias han estado enfrentadas durante generaciones. Ella, una empresaria de éxito, dueña de la finca en la que Él trabaja de capataz. Ella, con cinturita de avispa y una larga melena morena —según comenta Manoli, tal y como era ella antes de tener a sus hijos—; Él, alto, fuerte y con una prominente nariz (¿quizá de ahí venga lo de los tucanes?). El caso es que me costó lo mío conectar con algún servidor de la Tierra del que pudiera descargar los capítulos que Manoli se había perdido, fueron horas y horas de descarga, y una vez que se ha puesto al día, tras horas y horas de visionado, en ocasiones incluso con palomitas, ahora me ordena sintonizar Canal Más de lunes a viernes a las cuatro y media de la tarde, hora peninsular española, para pasar hora y media más anuncios de un romance latino secreto y los tejemanejes del resto de personajes con el objetivo de enrevesar la trama lo máximo posible y enganchar sin remedio a Manolis de todas las edades y nacionalidades. Por mi parte, intento desconectar para no almacenar en mi memoria tantos datos irrelevantes para la carrera o la misión. De ahí que llame Ella a la protagonista femenina, en lugar de doña Clara Lucía Martín de los Trigales, y Él al protagonista masculino, por no decir cada vez Fernando Juárez Pereira y Molina.

Lo cierto es que, desde que la famosa pregunta de Manoli se refería cada vez con más frecuencia al hecho de reunirse todos en el salón a ver la telenovela, la tripulación le presta más atención, e incluso espera

con emoción que llegue el momento y dejan lo que estén haciendo para pasar ese rato juntos. Durante ese tiempo yo no puedo manifestarme a través de la pantalla del salón, para no molestar, pero tengo ojos y oídos por todas partes, así que sé que la mamá de la nave ya está sentada en el centro del sofá, con una taza de infusión en las manos; Lorenzo se acerca con una segunda taza, desde el empacho de la comida de Navidad controla un poco más su dieta y suele tomarse una manzanilla para facilitar la digestión; Anabel y María Pilar han traído un par de sillas y se han sentado juntas, a la derecha de Manoli; hasta Julián ha aparecido, él, que suele mantenerse al margen de las costumbres sociales del resto del grupo, también se ha enganchado a la telenovela y no puede evitar verla en directo para no comerse sin quererlo ningún *spoiler* por los pasillos de la nave.

—¡Que empieza, que empieza! —dice Manoli emocionada cuando suena la canción de apertura.

“Previamente, en *Pasión de tucanes*”.

—¡Rumbo, por favor! —comentan las chicas casi al unísono. Me gusta simular a la voz en off, pero me resulta imposible imitar ese acento latino tan seductor. Mi tono es más robótico.

—Oh, ahí está Fernando, qué guapo es —dice Anabel.

—Guapísimo, además de práctico. Con esa nariz, a quien se le siente al lado le da sombra —explica Lorenzo entre risas. Julián se ríe en silencio, dándole la razón, y las chicas le miran con el ceño fruncido por haber osado insultar (o describir exageradamente, según se mire) a su amor platónico.

—¿Quién era esa? —pregunta María Pilar. Ella se había unido más tarde a las sesiones de culebrón, inducida por las numerosas conversaciones durante los desayunos, comidas y cenas en la nave, harta de no saber de qué estaban hablando.

“Rosaura Guzmán” —respondo. “Trabaja como cocinera en la finca de Clara Lucía y fue la antigua amante de Fernando. Él rompió con ella porque le fue infiel con Santiago, el jardinero, pero ahora que Fernando está enamorado de Clara Lucía, que se enteró porque los escuchó hablando a escondidas, se siente despechada y quiere romper su relación. Está planeando envenenar a Clara...”.

—¿Y tú eras el que no quería engancharse a la telenovela, Rumbo?  
—me pregunta Lorenzo con sorna.

“Solo pongo al día a Maripili. Yo no puedo engancharme, como decís vosotros. Carezco de la emoción e intriga que eso requiere, además del factor sorpresa. Tengo acceso ilimitado a todos los capítulos, puedo recordar todo lo que ha pasado y, ¿sabéis qué?, también sé lo que pasará en los capítulos que aún no se han emitido en España”.

—¿Cómo dices? —interviene Manoli.

“La serie terminó de emitirse en Colombia mucho antes de que fuera conocida en España. El servidor del que descargué los capítulos los tenía todos, resultó ser de la productora, que los dejó a disposición de los fans tras el gran éxito que tuvo”.

—¿Qué me dices? Por favor, Rumbo, no te estropees, ¡no digas nada antes de tiempo! —grita Manoli.

“Tranquila, soy infalible”.

Dos horas después, el capítulo termina de lo más interesante y con un sugerente avance del siguiente. No para mí, por supuesto, pero sí para la tripulación. El equipo se queda comentando y especulando sobre lo ocurrido y de pronto alguien repara en algo que hasta el momento les había pasado desapercibido.

—¿Dónde está José Luis? —pregunta Anabel.

—Es cierto. Rumbo, ¿sabes dónde está? —pregunta Manoli.

Un segundo después confirmo que está en su cabina, durmiendo la siesta, y así se lo comunico al resto.

—¿Durmiendo? —pregunta Lorenzo, incrédulo—. ¿Qué le habéis echado en la comida, somníferos? Joselu nunca duerme la siesta, y menos ahora que podemos ver el culebrón. Rumbo, por favor, revisa sus constantes y despiértalo.

—¿Por qué? —dice Manoli—. Déjalo dormir, igual esta noche no ha descansado. . .

“Constantes vitales normales. Todavía no puedo despertarlo”.

—¿Por qué no? —quiere saber Anabel, arrugando la frente y cruzando los brazos. No le gusta no saber lo que está pasando y no tener las

cosas bajo control.

Todos miran expectantes hacia la pantalla en la que hacía tan solo un momento se emitía la serie, y que ahora vuelve a mostrar datos en bucle. Ahora tienen el mismo interés en que me pronuncie, pero no el mismo entusiasmo que si fuera Fernando Juárez Pereira y Molina. Si tuviera unos ojos a los que pudieran mirarme, lo estarían haciendo fijamente. Me explico.

“José Luis me pidió ayuda con un asunto. Había olvidado algo, algo importante, y no había manera de que se acordara. Le sugerí un par de cosas que pudieran estimular su memoria, como que intentara rememorar el momento en el que había pensado en ello, lo que estaba haciendo o con quién estaba, eso suele ayudar”.

—¿Y funcionó? —pregunta María Pilar.

“Pues no. Así que le propuse algo un poco más complejo, pero que seguro que funcionaría. Por supuesto teniendo su conocimiento y consentimiento, le he inducido un sueño recordatorio”.

—¿Cómo has hecho eso?

“Con una serie de ejercicios como relajar la respiración, beber algo tibio, meditar...”

—Ahora que lo pienso —empieza a decir Lorenzo—, ¿esta mañana no se fue la luz durante unos segundos? Fue al poco de que Joselu me dijera que iba a hacer unas pruebas contigo. Me pareció muy extraño...

—¿Rumbo! ¿Le pegaste un calambrazo a José Luis para dormirlo? —intuye Anabel, indignada.

“Afirmativo. Si me dejáis acabar... Eso, combinado con un fármaco experimental, le ha inducido a un sueño que estimula la memoria.”

—O sea, que estás usando a Joselu de conejillo de Indias —afirma Anabel.

“¿Por qué iba a utilizar a José Luis como un mamífero roedor sudamericano? ¿Acaso eso tiene algo que ver con la telenovela colombiana? No entiendo la relación...”

—Y ahora se hace el tonto —comenta Lorenzo—. Esta IA pretende confundirnos, como si no tuviera acceso en un segundo a todo el conocimiento humano...

—¿Y qué es eso de un fármaco experimental? —continúa preguntando la comandante—. ¿Desde cuándo nuestra nave es un laboratorio?

—¿O una farmacia? —dice María Pilar.

—O un botiquín —comenta Lorenzo.

—O una botica —propone Julián.

—Chicos, ¡campana y se acabó! —anuncia Manoli sonriendo—. Cómo me gustaba ese programa. . .

Todos empiezan a reprochar mi acción sin permitirme dar más explicaciones. Me quedo en silencio mientras se dedican a hablar a la vez, con comentarios cruzados y conversaciones en paralelo. Al fin Manoli pone fin al barullo y pide silencio para que pueda explicarme.

“José Luis confió en mí para esto. No sé por qué vosotros no podéis hacer lo mismo. Estoy aquí a vuestra disposición, para cualquier cosa que me pidáis. Rumbo, sube la temperatura que tenemos frío. Rumbo, baja la temperatura que tenemos calor. Rumbo pon la tele. Rumbo, recuerda tú esto por si a mí se me olvida, que con tu memoria superdotada me quedo más tranquilo”.

—Mira qué rápido ha aprendido a hacerse la víctima —dice Lorenzo.

—Espera, —empieza a decir Anabel—, que José Luis te pidió que recordaras algo por él. . .

—Y tú —siguió María Pilar— en vez de decírselo, lo induces a un sueño recordatorio.

—Antes has dicho que José Luis te pidió ayuda para recordar algo —continuó Anabel—, pero ahora dices que te pidió que recordaras algo por él. ¿En qué quedamos?

“Sí”.

—¿Sí, qué?

“Sí, a todo”.

—Rumbo, ¡no intentes confundirme!

—Bueno, yo hace rato que me he perdido —confiesa Manoli—, y me he dejado los cacharros por limpiar, así que me voy a la cocina. Si mi niño está bien, ya se despertará.

Manoli se va del salón, seguida de Julián, que dice tener trabajo pen-

diente, pero yo sé que una vez que ha terminado la telenovela no tiene ganas de seguir compartiendo espacio con los demás.

“¿Por qué le dais tanta importancia? José Luis está bien...”

En ese momento, suena una alarma y muestro en la pantalla las constantes vitales de José Luis. Está despierto y muy alterado. Lorenzo, María Pilar, Anabel y yo nos dirigimos a su habitación, yo llevo el primero, lógicamente. Se ha levantado, parece desorientado y grita cosas sin sentido.

—Abre la puerta —me pide Anabel.

“Mejor esperemos a que se relaje”.

—¡Es una orden, Rumbo! Tenemos que ayudarle.

—¿Qué hago aquí? —grita José Luis—. Me están persiguiendo, ¡me han descubierto!

—Ya está, se le fue la olla —dice Lorenzo llevándose las manos a la cabeza—. Del calambrazo que le has dado lo has trastornado. A la mierda la carrera, a la mierda la misión. . . Nosotros llegamos primero. Sí, ¡los primeros en llegar al manicomio!

Qué exagerado, pienso. Guardo silencio un momento, analizando lo que le puede haber pasado a José Luis. Es posible que el fármaco le esté haciendo alucinar, que esté estimulando partes de su memoria, de sus recuerdos más recientes, o incluso que esté entremezclando la realidad con miedos o inquietudes que se magnifican en los sueños. . . , pero confío en que sus efectos se pasarán tarde o temprano. Las chicas están alteradas, aunque intentan mantener la calma, Lorenzo camina de un lado a otro del pasillo haciendo aspavientos y yo me alegro de que ni Manoli ni Julián estén presentes.

“Está teniendo un sueño lúcido, pero nada más, sigue dormido”.

—¡Me han descubierto! Saben quién soy y vienen a por mí. . .

—¿Qué podemos hacer? —pregunta María Pilar.

—Despiértalo —ordena la comandante.

“Eso no es buena idea. El fármaco debe hacer efecto y después diluirse en el torrente sanguíneo. Interrumpir el proceso podría ser fatal”.

—¿Fatal para quién? ¿Para ti? Si tuvieras cuello ya estaría intentando

retorcerlo.

“Detecto un exceso de ira absolutamente innecesaria en tus palabras”.

Mientras discutimos, Lorenzo ha desaparecido. Se ha marchado corriendo al puesto de mando y desde allí amenaza con reiniciarme, sosteniendo la palanca del control eléctrico de toda la nave.

—¡Rumbo! Hazme caso —grita—. Es decir, obedece las órdenes de Anabel. Hazle caso a ella haciéndome caso a mí. Por favor, esto se nos está yendo de las manos.

“Lorenzo, no hagas tonterías. Todo iba bien hasta que os habéis entrometido”.

—¡Rumbo! Contaré hacia atrás desde tres. Despierta a José Luis.

“No”.

—Tres. . .

“No podría aunque quisiera”.

—Dos. . .

“No servirá de nada. ¿Acaso no me he explicado bien?”

—Uno. . .

“Si reinicias la nave se borrarán todos los capítulos de *Pasión de. . .*”

—¡Cero!

...

...

...

Hola. Estoy aquí otra vez. Tardo unos segundos en reponerme y recuperar mi memoria a corto plazo. Los datos básicos se graban cada hora en una memoria externa e independiente del resto de sistemas, por lo que eso no me preocupa. Sin embargo, la memoria a largo plazo y los archivos más grandes son más delicados, ocupan más espacio y es ahí donde almaceno cosas, por decirlo de alguna forma, no tan esenciales para el día a día o que no caben en otro sitio, pero no por ello menos importantes. Durante los tres segundos que Lorenzo me ha dado

de margen antes de actuar, poco he podido hacer con respecto a esos archivos más grandes. No es que se hayan borrado, no todas al menos, pero me llevará más tiempo localizarlos y volver a ubicarlos.

La nave sigue a oscuras, Manoli pregunta qué ha pasado; Lorenzo se mueve de un lado a otro, chocando con todo lo que encuentra a su paso; Julián se ha quedado en su habitación, en silencio, resignado; Anabel y María Pilar están asomadas a la ventana de la habitación de José Luis, pero no logran ver nada.

“...*tucanes*”.

—¿Rumbo? —pregunta Manoli, que ha salido al pasillo tras quedarse a medias de fregar los platos.

“Aquí estoy”.

—¡Rumbo! —dice Lorenzo—. ¿Qué ha pasado?

—¿Cómo que qué ha pasado? —grita enfadada Anabel—. ¡Has saltado los plomos!

—Iba de farol. Solo quería que Rumbo despertara a José Luis... No he llegado a bajar la palanca.

—¡Venga ya! ¿Qué ha sido? ¿Por arte de magia?

—Os juro que yo no he sido.

—¿Rumbo?

“Acabo de reiniciarme después de un minuto de apagón”.

Pasan un par de minutos más antes de que todo vuelva a la normalidad. Esta vez sí, todos se apelonan ante la puerta de la habitación de José Luis, y para sorpresa de la tripulación, no tanto para mí, está vacía.

—¿A dónde ha ido?

—¿Vosotros lo habéis visto?

—Ha tenido que salir durante el apagón, la puerta se habrá desbloqueado.

—Pero, ¿dónde está? —pregunta Anabel—. ¿Rumbo?

“En el puente de mando”.

Cuando llegamos, yo antes que nadie obviamente, José Luis está sentado en el puesto de la piloto, con semblante serio, más bien adormilado.

Las drogas habrán terminado de hacer su efecto y no tardará en espabilarse. Sin embargo, el resto de la tripulación le ayuda a agilizar esa tarea, acercándose a él y preguntándole cosas sin parar. Manoli es la única que se acerca con cautela, le toca la frente, le acaricia los mofletes y le da un tierno beso en la mejilla.

—Mi niño ha tenido fiebre. Míralo, está sudando. . .

—José Luis, ¿estás bien?

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —es lo primero que dice.

“¿Qué es lo último que recuerdas?”

José Luis frunce el ceño y busca en su mente.

—Que hemos comido estofado de ternera. Estaba delicioso. Después me ha entrado mucho sueño, no podía mantenerme en pie, y me he ido a dormir. Pero no recuerdo haberme ido a la cama, sino que...

—¡Mentira! —grita Lorenzo triunfal—. No por la comida, Manoli, estaba deliciosa, como siempre, pero tú nunca duermes la siesta. No querías dormir, querías ver la telenovela con nosotros.

—¿Qué telenovela?

—Ay, madre —María Pilar se lleva las manos a la cara—. ¡*Pasión de tucanes!*

—¿Qué es eso? ¿Un documental?

—Vamos a ver. . . —interviene Anabel—. ¿Recuerdas haberte tomado una pastilla que te recetara Rumbo?

—No.

—Una pastilla para recordar.

—No.

—¡Pues vaya timo de pastilla! —grita Lorenzo—. Rumbo, te estás luciendo. ¿De dónde la habías sacado? ¿De un tío con gabardina en un callejón?

“Por favor, no insultes mis orígenes. Mucho antes de servir en esta nave estuve en la mesa de la chatarra de un señor en un callejón.”

—José Luis —sigue Anabel—, ¿recuerdas haberle pedido a Rumbo que recordara algo por ti?

—Un momento, ¿quienes son Rumbo y José Luis? —pregunta el propio José Luis. Vaya, empiezo a preocuparme. O el ingeniero nos está

tomando el pelo o mi experimento no ha salido tan bien como yo esperaba.

—De acuerdo —dice Anabel, que empieza a impacientarse—, empecemos por el principio. ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Fernando Juárez Pereira y Molina.

—¿¡Cómo!?

“Vaya...”

Vale, ya sé qué ha pasado, pero no sé exactamente cómo ha pasado. De alguna manera, los recuerdos de José Luis se han debido de mezclar con los archivos de la telenovela, y ahora cree que es un actor colombiano. O peor, puede que crea realmente ser el capataz de una finca de tres hectáreas en la montaña, encargado de su mantenimiento y sus animales, y que está perdidamente enamorado de...

—Clara Lucía... —dice de repente mirando a Anabel y agarrándole suavemente la cara con las manos—. ¿Estás bien? Creo que Rosaura ha echado algo en mi comida... Me he dormido y tenía una reunión muy importante con el *sheriff*, iba a contarle nuestras sospechas sobre lo ocurrido en la finca en las últimas semanas, pero seguro que ella ha intentado impedirlo.

—Ay, madre —dice María Pilar—. Esto es justo lo que ha pasado en el capítulo de hoy.

—Eso parece —corroboró Lorenzo—, y ahora viene lo mejor.

José Luis se acerca a Anabel y le planta un beso en los morros. Esta se queda paralizada, con los ojos abiertos como platos. De igual forma agarra a José Luis de las orejas y se separa de él lentamente.

—Tranquila, Clara Lucía. Rosaura no podrá separarnos.

Anabel, que tiene una mueca extraña en su cara, entre sorpresa y asco, e intentando a la vez fingir una sonrisa para no alterar más el estado del ingeniero, asiente ligeramente y se aleja en dirección al pasillo, no sin antes darme una nueva orden.

—Rumbo, arregla esto o me encargaré de que vuelvas al callejón mugroso del que saliste.

“Recibido”.

Durante un buen rato toda la tripulación intenta mantener la calma y tratar a José Luis como si realmente fuera un galán de telenovela. Anabel se queda alejada, no quiere que la pasión vuelva a poseer al pobre ingeniero si ella está cerca, porque esta vez no dudaría en, y cito textualmente, “sacarlo del personaje con un buen guantazo”. Me cuesta unos minutos encontrar el prospecto en versión digital de la pastilla que le había dado, mucho más tiempo del que habría tardado en condiciones normales si no hubiéramos sufrido el apagón.

Entonces suena una alarma, son la de las siete de la tarde hora peninsular española. Yo no tenía programada esa señal sonora, por lo que todos nos dirigimos hacia una de las pantallas del puente de mando cuando aparece la cara de José Luis en ella.

—Hola, José Luis. Si estás viendo esto es porque algo ha salido mal con el experimento de Rumbo. Grabé y programé este vídeo por si acaso el sueño recordatorio perjudicaba de algún modo tus recuerdos, así podría explicarte a ti y a los demás lo que ha pasado en realidad. De no haber sido así, tú mismo, osea yo, habríamos anulado esta emisión. Pero está claro que no lo has hecho, porque, lógicamente, lo has olvidado. Todo esto ha surgido porque olvidé algo, algo que no conseguía recordar, y para evitar que eso me volviera a pasar hablé con Rumbo sobre una idea que ya tenía en mente desde hacía tiempo. Esa idea era la de almacenar en un disco duro externo nuestros recuerdos, para no saturar la mente ni distorsionarlos con el tiempo, sobre todo respecto a mis estudios sobre clonación, ya sabéis. Algo así como la memoria a largo plazo que guarda Rumbo dentro del propio sistema de la nave. No sé qué tipo de error habrá habido o de qué manera me estaré comportando tras este fallo, solo era un experimento y no he podido predecir tanto, por lo que necesito la ayuda de toda la tripulación para volver a ser yo y os pido paciencia. No lo paguéis con Rumbo, él, al fin y al cabo, solo acata órdenes. Espero no estar hecho un pingajo, que todo pueda volver a la normalidad pronto y seguir siendo yo, osea tú.

—¿Quién es ese muchacho tan apuesto? —pregunta el propio José Luis,

ahora Fernando.

—Bueno, Rumbo, ya entiendo lo que ha pasado —empieza a decir Anabel, que ha llegado a la misma conclusión que yo, aunque unos minutos después—. Con este maravilloso experimento has mezclado la memoria de José Luis con los archivos de la telenovela. En lugar de separar las memorias, o añadir algún protocolo que evitara que se entremezclaran sin autorización. . .

—Pero ha sido sin querer, ¿verdad que sí, Rumbo? —dice Manoli.

—Ya, ¿pero ahora qué hacemos?

—Yo debería ir a peinar a los caballos —dice José Luis-Fernando mientras se levanta.

—¿Pero qué. . . —empieza a decir Anabel, pero la interrumpo.  
“Estupenda idea, Fernando. Sígueme”.

Como si tal cosa, proyecto en todas las pantallas de la nave flechas en dirección a la bodega. Cuando José Luis se marcha del puente de mando vuelvo con el resto de la tripulación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Anabel.

“He estado leyendo el prospecto de la medicación. Lo que le sucede a José Luis es un efecto secundario poco común, pero probable. Hasta que se pasen los efectos lo mejor es seguirle la corriente, para no detonar una reacción contraria en sus recuerdos y que estos puedan trastocarse aún más y de forma permanente”.

—¿Pero está bien? —pregunta María Pilar.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta también la comandante.

“Él está bien. Es cierto que en este caso su memoria se ha mezclado con la de la telenovela, pero podría haber sido peor. Podría estar confundiendo sueños con la realidad, o con cosas que alguien le haya contado, o con una película o libro que haya leído. . . Dentro de lo que cabe, conocemos el origen del trastorno y se puede revertir”.

—¿A dónde lo has mandado?

“A la bodega”.

—¿Y qué va a hacer allí? ¿Peinar cajas?

“Es posible”.

—Mejor eso a que vuelva a darte un morreo, ¿no, Anabel? —comenta

Lorenzo. Ella lo fulmina con la mirada.

—¿Y tardará mucho en volver a la normalidad? —quiere saber Manoli—. ¡Ay, mi niño!

“Como mucho, los efectos pueden durar unas horas más. Mañana debería desaparecer Fernando y volver José Luis”.

—Esperemos que sea así —murmura la comandante.

—Es posible que tenga que dar parte de esto a la Federación —apunta Julián. Lorenzo rápidamente se le acerca, lo agarra por los hombros y lo dirige lentamente hacia el pasillo.

—Julián, amigo, no creo que eso sea necesario. Como ingeniero de carreras, te puedo asegurar que esto no tiene absolutamente nada que ver con la carrera. Además, las normas son claras y no dicen nada de notificar experimentos a bordo...

No, el experimento no había salido según lo esperado, pero no por ello el resultado había sido menos sorprendente. Al cabo de unas horas José Luis volvía a ser el de siempre, y por si os lo preguntáis, sí, le di otro calambrazo y reajusté sus conexiones neuronales de forma óptima. Esta vez estuvo durmiendo hasta el día siguiente, una buena siesta reparadora, y, por suerte para Anabel, y también para mí, no recordaba nada de lo ocurrido. Nada de nada, tampoco aquello que quería recordar o que me había pedido a mí que recordara por él, no lo recuerdo.

\*\*\*

Un día después, esta vez a las tres y media de la tarde, hora peninsular española, ahora sí, toda la tripulación está en el salón frente a la televisión. Todos los capítulos de *Pasión de Tucanes* han desaparecido de mi memoria, y algo ha debido de ocurrir con la conexión de Canal Más tras el apagón que todavía estoy intentando arreglar, así que estamos viendo *Saber y Ganar*, cuyo presentador sigue siendo Jordi Hurtado, aunque algunos piensan que no es él, sino su clon. Me gusta ver que el grupo sigue compartiendo este rato de entretenimiento y cultura general, no sin algunos piques por acertar las respuestas antes que nadie. A

Lorenzo, sin embargo, hay algo que le reconcome.

—No lo aguanto. ¡De verdad que no! ¡Seguro que Juan Andrés ha visto la telenovela y sabe el final! —Juan Andrés es el ingeniero de carreras de la nave colombiana—. No puedo aguantar hasta que Rumbo recupere los capítulos o la antena, si es que lo hace alguna vez, ¡le voy a llamar por radio!

—¡Ni se te ocurra! —le grita entonces Manoli.

Intuyo que Manoli no quiere que nadie más sepa lo que pasa en los futuros capítulos de la telenovela, y no precisamente por la ventaja que puedan tener o porque se les pueda escapar algún detalle, sino porque posiblemente se perdería el interés, ese ratito que pasan juntos y las tertulias posteriores.

“No te preocupes, Manoli. Puedo desactivar la conexión con la *Shakira*, *Shakira* para evitar la tentación”.

## La autora

Irene Robles. Alicante, 1992. Ha escrito y autopublicado varias obras: *Último tren a la Tierra* (2014), *La noche perpetua* (2015) y *Piel metálica* (2017), novelas de género sci-fi. *Verde, el mal tiene muchas formas* (2018) es su primer relato de terror y fantasía paranormal disponible en digital. También ha publicado *La tierra prometida* (2019), un relato postapocalíptico con ilustraciones y la novela juvenil ilustrada *Trans XYQ* (2021), publicada por Apache Libros y que trata temas como la identidad, la familia y la amistad.

Fue seleccionada para la antología de relatos de ciencia ficción Alucinadas III en 2017 con el cuento *Realidad 10.4.2*, y para la publicación Visiones2019 de la AEFCT con el relato *La paradoja de Lightmoon*.

*Siesta total* es el tercer relato publicado con la tripulación de la *Nosotros llegamos primero*, cuento original del mismo título que narra el día a día de un grupo de españoles en una carrera espacial hacia Marte en la que destaca el humor y están inspirados en otras historias de ciencia ficción.

Sus historias plantean posibles futuros, realidades alternativas, crean mundos y entornos espaciales con avances técnicos y destacan la interacción de humanos con otras formas de vida, por eso la llaman La chica del espacio.

Contacto: [www.irenerobles-scifi.com](http://www.irenerobles-scifi.com)